

Así, pues, elevemos nuestros ojos al Cielo, y hagamos todo lo posible por seguir las huellas de la Santísima Virgen; fortalezcámonos en aquella esperanza, que siendo un dón sobrenatural y divino, eleva la voluntad y la inclina á esperar de Dios con confianza la vida eterna y los medios para alcanzarla. De esta suerte tendremos valor y fuerza para superar todas las dificultades que se interpongan en el camino de la salvacion, y más bien que sentirnos débiles, cobraremos fuerza para practicar obras buenas, y seremos consolados y protegidos por la divina misericordia (1). No; nada hay más grato á Dios que arrojar en su corazon todos nuestros afanes; nada hay más saludable para nosotros que esperar de Dios toda suerte de gracias. Por eso dice el Ecclesiastés, que no quedará confundido ninguno de los que esperen en el Señor (2); por eso San Pablo habla de la grande recompensa reservada á aquellos que esperan en el Señor (3). Esta recompensa puede servirnos de consuelo en medio de las mismas tribulaciones, porque si la esperanza de una buena cosecha sostiene al labrador, despues de indecibles fatigas y congojas; si la esperanza en las ganancias anima al comerciante; si la esperanza de la victoria infunde valor al soldado en lo más rudo del combate; la esperanza del Paraíso, y la confianza en el auxilio y en la proteccion de Dios, debe animarnos muchísimo más para sobrellevar las angustias de la vida presente en vista del galardón que nos espera, repitiendo con San Francisco de Asis: Es de tal magnitud el premio que yo espero, que me regocijo en los padecimientos.

(1) PSALM. XXXI, 10.

(2) ECCL. II, 11

(3) COLOSS. I, 5.

## DISCURSO V.

## AMOR DE DIOS.

*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.*

Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon. (DEUT. VI, 5.)

Mueve á indignacion y al mismo tiempo á lástima el deplorable abuso que muchísimas personas hacen del corazon. Colocado por Dios en nuestro pecho para que fuese templo y sacrario de su amor, se degrada hasta el extremo de convertirlo en depósito y sentina de bajas pasiones; habiéndonos dado para que dirigiese sus afectos á la virtud, en vez de aspirar á lo que es noble y santo, aspira á lo ignominioso y degradante. Ni las aguas del bautismo que lo limpiaron de la mancha original, ni los cuidados empleados para refrenar sus primeros movimientos, ni las diligencias practicadas para enderezar los primeros impulsos, sirven, las más de las veces, cuando está engolfado en los vicios, para abrasarle en el amor de Dios. Sucede con este corazon lo que sucedió con el antiguo Templo de Jerusalén. Cuando se quiso descubrir el fuego de este Templo, no se halló combustible alguno capaz de alimentarlo, sinó agua cenagosa (1); así tambien, cuando uno procede al exámen de este corazon, no le halla adornado de santos afectos, sinó lleno de hez y podredumbre de todo inmundo desórden.

Empero, de la misma manera que el agua sucia y cenagosa expuesta á los rayos del sol, se convirtió en ardiente y voracísima llama (2); creo yo, que existe un medio poderoso para transformar los corazones indiferentes ó pervertidos, en corazones ardientes y abrasados de amor divino. Este medio es el ejemplo de María. Siem-

(1) II. MACH. I, 20.

(2) II. MACH. I, 22.

pre que se considera atentamente este ejemplo, podría comunicar, á más de un corazón cauterizado, un rayo del amor con que la Santísima Virgen amaba á Dios. Vosotros, pues, que haceis gala de estragar vuestro corazón en apetitos desordenados, prestadme atención, pues me prometo veros desengañados, después de haberos hablado del deber que tenemos todos de amar á Dios, mostrándoos con cuanto amor le amó María. También espero ver desengañados á aquellos, que, tibios é indolentes, no aman ciertamente á Dios sobre todas las cosas, á pesar de sus protestas de que no aman á las criaturas con soberbia pasión. El ejemplo de María os hará despertar del letargo en que yaceis, servirá para arrancar á otros de las garras de los vicios, y para dar á todos saludables instrucciones acerca del amor que debemos á aquel Sér supremo, Padre y bienhechor del humano linaje. El asunto, amados hermanos, es de suma importancia, y para tratarlo como conviene, pidamos la gracia: A. M.

Para salvarse y conseguir la eterna bienaventuranza no basta creer en Dios y esperar en Él; es además necesario amarle, y amarle observando fielmente sus mandamientos (1). Es este un punto tan esencial, que sin él, dice San Pablo, resultarían vanas todas las obras buenas y prácticas devotas (2). Por consiguiente, es necesario amar á Dios. ¿Y acaso no merece Dios nuestro amor? Si pudiéramos penetrar en el interior de su esencia, no sería menester nada más, pues, con solo conocerle le amáramos. En efecto; cuando se trata de Dios, debe concebirse como la suma de todas las perfecciones imaginables, y reconocerle como un Sér infinitamente superior á toda numana concepción. Hay en Él belleza, poder, grandeza, bondad, sabiduría y santidad; de suerte, que cuanto vemos en las criaturas de bello, de bueno, de magestuoso, de docto y de poderoso, es apenas un rayo, una participación muy insignificante de cuanto existe en Dios en grado infinito. Ahora bien; si un brillo de bondad que notamos en las criaturas, basta á veces para arrobarnos, para enamorarlos, para empeñar todos nuestros afectos; ¿no nos abrasaremos de amor para con un Dios, que es el origen de todo bien, purísimo, y sin mezcla de imperfección alguna? ¿Querrá suponerse que el bien sumo, el bien máximo, el bien solamente amable, no hace la más mínima impresión en nuestro corazón? No cabe duda que si nos

(1) I. JOAN. XIV, 21.

(2) I. COR. XIII, 1.

fuese dado penetrar los abismos perfectísimos de este Sér inmenso, nos sentiríamos impelidos á amarle; pero, siendo nosotros polvo y ceniza, no podemos presumir de elevarnos á tal incomprendible grandeza. El escudriñador de tan excelsa magestad no puede ménos de sentirse oprimido bajo el peso de su divina gloria. Enseñándonos el Apóstol de las naciones á discurrir de lo invisible, mediante las cosas visibles (1), consideremos atentamente á la luz de esta regla, cuanto merece ser amado el amor infinito, que es Dios.

¿Quién es Dios? El criador del Universo. El magnífico pabellón que nos cobija con los globos de incomparable magnitud, que guardan en su vertiginosa carrera exactísimas proporciones con los astros refulgentes, que en él se descubren tan constantes en sus movimientos; con las estrellas, que brillan en medio de las sombras de la noche; con la aurora, que tiñe de púrpura las regiones del espacio; y con el sol, que extiende sus rayos á través del horizonte; es obra de Dios. Obra de Dios es la tierra, juntamente con el color plumizo de los montes, con lo florido de los valles, con las praderas alfombradas de flores, con las plantas cubiertas de hojas, con los árboles llenos de fruta, y con los campos exuberantes de espigas; y obra de Dios es el mar, con las playas que le circuyen, con los ríos que le alimentan, con las islas que se le interponen, con los escollos y las arenas de la orilla donde van á estrellarse las espumosas olas. Dios lo crió todo de la nada.

¿Quién es Dios? Dios es nuestro Bienhechor. ¿Y qué es lo que no ha hecho por nosotros? Ha criado el mundo, adornándole de mil maneras, como un príncipe adorna y decorá su palacio para recibir á su hermosísima desposada. Ha mandado al sol que madure nuestras mieses, á la lluvia que alimente nuestras plantas, y al día y á la noche que se sucedan alternativamente para asistirnos en el trabajo y en el reposo. Ha llenado la tierra de rebaños, cuyas pieles nos defienden del frío; de caballos, que nos transportan de uno á otro lugar; de vacas, que nos suministran sabrosísima leche, y de hueyes, que aran nuestros campos. Ha puesto el oro entre el barro de los ríos, ha ocultado en las piedras el rubí y la esmeralda, ha colocado en los estratos petrosos de los montes filones de cobre y de plata; y ha establecido que el viento, la luna y las nubes se pusieran en movimiento para nosotros. Todo cuanto vive, todo cuanto se mueve,

(1) AD ROMAN, I, 20.

todo cuanto existe, vive, se mueve y existe solo por la omnipotente virtud de su voluntad (1).

¿Quién es Dios? Dios es nuestro Redentor. Siendo culpables, por el pecado original, fuimos proscritos, envilecidos, degradados y objetos de maldición; vasos de cólera, víctimas de la muerte y esclavos del Infierno. Habiendo Dios tenido piedad de la suerte infelicitísima que nos aguardaba, apenas el hombre se hubo rebelado contra su ley paternal, se apresuró á consolarnos con la lisonjera promesa de un Salvador; promesa que produjo efectos maravillosos muy superiores á toda comprension humana. Cumplida la plenitud de los tiempos, descendió á estas bajas regiones de la tierra el Hijo del Altísimo, y con prodigio de inefable caridad, vestido de nuestra naturaleza, y hecho objeto de maldición por causa nuestra, sometándose á inauditos suplicios y derramando la propia sangre, nos reconcilió con la irritada eterna justicia, rompió las cadenas de nuestra deplorable esclavitud, y nos condujo por la senda de la salvacion.

A vista de todo esto, y siendo nuestra naturaleza formada de manera, que se enamora de lo bello, pregunto: ¿cómo puede dejarse de amar á un Dios, belleza infinita, y de la cual es apenas un rayo, una sombra cuanto nos parece bellísimo en toda la creacion? Si la gratitud, por los beneficios recibidos despierta el amor en las almas favorecidas, hasta ablandar á las mismas fieras; ¿cómo no amar á un Dios al cual debemos la gratitud más obsequiosa por los innumerables beneficios de que nos colmó? Si uno ama á los que le aman, y nos demuestran con hechos la verdad de su afecto, ¿cómo no amar á un Dios, que nos ha dado tan sorprendentes pruebas de amorosa solicitud y de afectuosísima ternura? ¿Y qué uso más noble puede hacerse de la razon, dón que Dios hizo al hombre, que reconocerle por nuestro Padre y amigo? ¿Qué uso más digno puede hacerse del corazon, colocado por Dios en la concavidad de nuestro pecho, que el amarle de veras? ¡Ah! y mientras que el fuego rompe las piedras, y en el fuego se derriten los metales, y se descomponen las más duras peñas, colocado el hombre á poca distancia de los Angeles, ¿permanecerá indiferente circuido de las ardentísimas llamas del amor divino? Locura y gran locura es, no amar á Dios. Imitemos, hermanos míos, á María. ¿Con cuánto amor no amó Ella á Dios? Con un amor encendido por el Espíritu Santo, de tal suerte, que así como el hierro puesto en la fragua se convierte en fuego, Ella, con los dones de este Espíritu,

(1) HEB. I, 3.

que es el amor reciproco del Padre y del Hijo, se convirtió toda en amor.

En su escuela hubieran podido aprender á amar los Angeles y los Arcángeles. Los Doctores de la Iglesia, los santos Padres declaran, que no saben hablar dignamente de este amor, por cuyo motivo procuran indicarlo con imágenes sacadas de los sagrados Libros. Quien vió el corazon de María en el zarzal ardiente del Sinaí; quien en las lámparas de los sagrados cánticos, que eran juntamente luz y llamas; este en el altar propiciatorio, donde no se extinguía el fuego ni de día ni de noche; aquel en la mujer vestida de sol que apareciera en Pathmos al extático Juan; y una vez expuestas estas imágenes, concluian: que así como el zarzal ardiente del Sinaí hallaba siempre algo con que alimentar su llama, también María, en su amor, hallaba siempre nuevos alicientes para amar; así como las lámparas encendidas de los sagrados cánticos parecían transformarse en llamas, también María, amando, se identificaba con el amor de tal suerte, que parecía el mismo amor; del propio modo que el fuego del altar propiciatorio, sin extinguirse nunca, se mostraba encendido á todas horas, María, sin menguar jamás en los transportes del santo amor, se mostró apasionada amante durante todos los instantes de su vida; y á la manera que la mujer del Apocalipsis iluminada por el sol, iba vestida del mismo sol, María, amada de Dios, le correspondió con tanto amor, que parecía un perfecto ejemplar del mismo amor divino.

Siendo así, no me quedaría más recurso que callar, y hacer punto final en el presente discurso, puesto que si los Doctores y los Padres de la Iglesia no pudieron decirnos con cuanto amor María amó á Dios, y recurrieron á símbolos, á imágenes y á figuras para darnos de ello alguna idea; ¿qué podré yo decir, ignorante é inexperto en la oratoria sagrada? Sin embargo, no tengo valor para defraudar vuestra devota expectacion; y confiando en la bondad de nuestra celestial Madre, hablaré, del mejor modo posible, de lo que no nos es dado comprender.

Dios, que es amor por esencia, descendido á la tierra para encender en los corazones las llamas de su amor, á ningun otro podía comunicarle de un modo más perfecto que al corazon de María, abierto enteramente á los divinos ardores; y María, agradecida á este Dios, que la había privilegiado con todas sus gracias, le amó con intensidad tal, que, anticipando acá en la tierra la vida del Cielo, vivió de castos arrobamientos y de delicias espirituales. En efecto; Ella practicó siempre lo que conocía era del agrado de Dios; su

único pensamiento era amar á Dios; sus días transcurrieron en el amor de Dios. Ni la noche, ni el sueño, ni el reposo le impedían amar á Dios.

No se crea que solo despues de la Encarnacion del Verbo ardiera María en tanto amor. Concebida sin mancha original, pura como el transparente cristal, cándida como la blanquísima nieve, superando en espiritual candor á los mismos Ángeles apénas salidos de las manos del Criador, arrobada en Dios, le amó con inmenso entusiasmo desde el primer instante de su sér. Así, pues, si es cierto que, elevada á la inefable dignidad de Madre del Altísimo, se consumía en la hoguera de embriagadora dileccion, no lo es ménos que, áun ántes del tiempo de su mayor gloria, sus pensamientos, sus afectos, sus obras y su vida fueron una continua armonía de inocencia, de santidad, de justicia; y, para decirlo de una vez, de amor divino. Pura como el aliento de la creacion que fecundizó el Universo; bella como la sonrisa de la inocencia original; confirmada en gracia y adornada de altísimos privilegios, pasó la vida amando. Amando salió de las manos del Señor; amando nació á la luz del mundo; amando fijó su morada en el Templo; y amando se refugió en la soledad de la casa de Nazareth. Este amor no se entibió nunca en Ella; muy al contrario, creció de día en día, no ofuscado ni remotamente por la corrupcion mundana, ni debilitado en lo más mínimo por la humana degradacion; de suerte, que así como fué amor su concepcion, amor su nacimiento, y amor su niñez, también amor fué su edad adulta, amor su declinar de los años, y amor su tránsito á la tierra de la inmortalidad. Llegada la hora de su partida del mundo, no desató la muerte los lazos que la mantenían unida á la vida, sinó el amor, que emprendió el vuelo á las eternas delicias como una llama que se eleva hácia el Cielo por su propia virtud.

Ahora quisiera preguntár á las almas más amantes de Dios, hasta donde llega su amor, para deducir cual debió de ser el amor de la Virgen. No hablo de los Hebreos, que, por más que escribiesen en pergaminos el precepto de amar á Dios, se los arrollasen en los brazos, y se los pegasen en la frente, cuando iban al Templo para orar, llevados del interés, amaban con un amor ávido de recompensas y de grandezas terrenas; ni de aquellos cristianos, que, proclamando amar á Dios, en realidad no adoran á Júpiter, ni á Marte, ni á Apis ni á Baal, sinó que doblan la rodilla ante los dioses de oro y de plata, y encierran en el corazon una muchedumbre de ídolos invisibles. Hable más bien David, que, llevado de este amor, deseaba abandonar

la tierra, subir á los celestiales tabernáculos, y regocijarse en la presencia del objeto de sus afectos (1). Dígalo el Apóstol San Pablo, que, viviendo de este amor, deseaba disolverse, esto es, romper los lazos que le ataban á la carne y unirse con Jesucristo (2). Díganlo los Mártires, á quienes este amor hizo como insensibles á los tormentos. No cabe duda era este un amor intenso; pero, guardémonos de establecer un parangon entre este amor y el de María, que sobrepuja infinitamente á todo otro amor.

Y nosotros, hermanos míos; ¿amamos á Dios y procuramos imitar el ejemplo de María? El precepto de amar á Dios nos impone obligaciones negativas y positivas. Por lo que mira á las negativas, nos prohíbe en toda ocasion y en todo tiempo amar á las criaturas con el amor debido á Dios, amarlas más que á Dios, ó tanto como á Dios. Este amor nos prohíbe todo pecado. Respecto de las afirmativas, nos ordena hacer actos explícitos de amor á Dios, recordándonos, que no debemos limitar á pocos casos este ejercicio, que debe ser el alimento vital del cristiano. Y pregunto yo: ¿son muchos entre nosotros los cristianos piadosos, que por amor á Dios se abstengan de todo acto malo; aquellos, que por amor le consagran todos sus pensamientos y afectos; aquellos, que en circunstancias dadas manifiestan su amor á Dios con actos positivos? ¿Dónde está el amor á Dios, si la corrupcion lo invade todo? ¿Dónde está el amor á Dios en estos días, en los cuales se proclama el triunfo de la incredulidad y de los principios subversivos de todo órden? Sin duda le ama aquel jóven, que, para ser fiel al Señor, refrena las propias pasiones, huye de las ocasiones peligrosas, y tiene limpio el corazon de culpables complacencias. Sin duda le aman aquellos padres vigilantes, que, fieles á la ley divina, observan atentamente á sus hijos, los educan santamente, y emplean todos los recursos para que no vacilen y se pierdan. Le aman también aquellos criados, que obedecen los mandatos de sus amos, y soportan sus defectos; aquellos pobres, que se someten con resignacion á las inseparables privaciones de su estado; le ama la gente caritativa, que reparte una parte de sus riquezas entre los desvalidos, y ayuda cuanto puede á los pobres de Jesucristo. Pero ¿aman á Dios aquellos que prefieren los vanos placeres y el falso brillo del mundo, al sólido contento que se experimenta en el servicio del Señor; que se permiten saciar sus vergonzosas pasiones, buscan

(1) PSALM. XLI, 3.

(2) PHILIPP. 1, 23.

ocasion de vengarse de los enemigos, no tienen escrúpulo en oprimir al huérfano y á la viuda, ni el ser inmoderados en la comida, ni en escandalizar al prójimo con su libertinaje? ¿Acaso aman á Dios aquellos, que no oyen su palabra, no siguen sus consejos, y no cumplen sus mandamientos? Bajo tales condiciones es preciso confesar, que no se le ama; es preciso decir, que amamos todas las cosas ménos á Dios. Sobran motivos para recordar aquí el anatema del Apóstol contra los desventurados que no aman al Sér supremo, al mejor de los amigos, al más cariñoso de los padres (1). Y sin duda que debe el orador sagrado levantar la voz contra los hombres injustos, que prefieren la criatura al Criador; contra los tibios, que se avergüenzan de practicar ciertos actos de caridad por temor de parecer demasiado fervorosos en el divino amor; contra los nécios, que, alejados de Dios, pasan siempre una vida perdida trás la avaricia, la lujuria, la gula, la incontinencia, y todo cuanto hay en el mundo de desordenado y de pecaminoso. Pero no lanzaré palabras de maldición, ántes bien vuelto á Ti, Virgen Santísima, imploro tu piadosa proteccion. Suele decirse, que obras son amores y no buenas razones. O no amamos á Dios, ó si le amamos lo hacemos de palabra y no de corazon ó con los hechos. Alcánzanos, pues, la gracia de que nuestros corazones ardan en este amor; concédenos la gracia de que amemos á Dios sobre todas las cosas y más que á nosotros mismos, ó sea, con aquella superioridad de afecto que merece la superioridad de su Sér. No puedo negar que nuestras iniquidades son innumerables; pero sé tambien que eres nuestra Madre, y por lo mismo, no puedes ménos de ayudarnos. Así pues, socórrenos ahora que estamos cansados de arrastrar por tanto tiempo las cadenas de las culpas, y deseamos alcanzar la bienaventurada libertad de los hijos de Dios; auxiliáanos, tanto en la difícil y penosa empresa de salir de la esclavitud del pecado, como en la de abrasarnos en el divino amor, para que, vueltos á la gracia y perseverando en la misma hasta la muerte, podamos entrar en los tabernáculos de la Gloria.

(1) I.<sup>a</sup> Cor. XVI, 22.

---

## DISCURSO VI.

---

### AMOR AL PRÓJIMO.

*Diliges proximum tuum sicut te ipsum.*  
Amarás á tu prójimo como á tí mismo.  
(MATH. XXII, 39.)

La caridad, que es la reina de las virtudes, pues, al decir del Apóstol, es la mayor de todas en dignidad y excelencia (1), tiene dos objetos, primario el uno, secundario el otro. Así, pues, si con el objeto primario nos llama á Dios, que es la misma bondad infinita, la misma amabilidad y el mismo conjunto de todas las perfecciones; con el secundario nos llama al prójimo, en cuanto que es á imagen y semejanza de Dios. Y no obstante, el amor á Dios y el amor al prójimo no son dos caridades, ni dos virtudes, sino una misma virtud, una caridad misma, como la raíz de una planta, que permaneciendo la misma, produce dos bellísimos pimpollos. En verdad, el amor á Dios nos induce á amar al prójimo; el amor al prójimo nos induce á amar á Dios; pero ya sea que se ame á Dios, como que se ame al prójimo, no existe más que un amor, que una sola caridad. Esto lo significó claramente el divino Maestro cuando dijo: Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á ese: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas están cifrados en estos dos mandamientos.

Por consiguiente, hermanos míos, habiéndoos ya hablado del amor hácia Dios, conviene que os hable del amor hácia el prójimo; y lo haré presentándoos en esta virtud el ejemplo de María. Desde este instante enjugad las lágrimas de angustia que tal vez algunos de vosotros derrameis, pues hallareis en este amor motivos para esperar,

(1) I.<sup>a</sup> Cor. XIII, 13.